

CAIDA DE S EN GRIEGO ANTIGUO Y FENÓMENOS CONCOMITANTES

In old Greek the sound *s* is lost as a consequence of the pressure of the system on the sequence of the apicals. It follows a chain of phenomena, analysed in this paper, which could be summarized like this: 1. A general assibilation occurs in some dialects; as a result of it *ti* becomes *si*, the place of the sound *s* in the system being empty on account of its former disappearance. In other dialects the assibilation does not occur. 2. In the dialects which have undergone the general assibilation, *ts* becomes *ss*, on the analogy of the assibilation of *ti* into *si*; while in those dialects in which the assibilation has not occurred, *ts* changes into *tt*. 3. Further changes occur due to the extensive working of analogy: in the dialects in which *ts* has become *ss*, *zd* changes into *zz*, by analogy to *ss*. On the other hand, in those dialects which have undergone the change of *ts* into *tt*, *zd* becomes *dd*, on the analogy of *tt*. 4. Later on, the place of *ti* in the paradigm being empty in the former dialects because of its having become *si*, it is replaced by the labial-velar *k^hi*, which finally becomes *ti*, however anomalous this change may seem. While in the dialects in which *te* is preserved, not having become *se*, the labial-velar *k^he* usually results in *pe*, not *te*. The logic underlying this theory and its formulation will be found in the whole paper.

1. La lengua griega experimenta en ocasiones tratamientos fonéticos anómalos. En lo tocante a asimilaciones lo normal es que, de dos consonantes en contacto, la primera se asimile a la siguiente, bien en el modo bien en el punto de articulación. Para comprobarlo basta con echar una ojeada a la serie de asimilaciones cumplidas de este modo, resumidas por Lejeune¹. A su vez, en la misma ojeada se advertirá que las asimilaciones de signo opuesto, esto es, aquellas en las que la segunda consonante se asimila a la precedente, son asimilaciones anómalas, motivadas habitualmente por una razón particular. Estas asimilaciones anómalas obedecen por lo común a debilidad de la consonante

¹ M. Lejeune, *Phonétique historique du mycénien et du grec ancien*, Paris 1972, pp. 365-366.

asimilada, por ej. *s*, *ϰ* e *ι*. Debilidad que explica fácilmente el porqué de esta anómala asimilación.

2. Partiendo, pues, de la constatación de que las anomalías sufridas por la lengua sirven de indicio revelador de un funcionamiento especial del sistema en el que tienen lugar, nos decidimos a estudiar ciertos hechos anómalos, anomalías de asimilación y de otra índole, que por lo mismo deben ser el resultado de causas especiales, hecho que concita nuestro interés.

a) Efectivamente el tipo de asimilación del grupo **ts*, originario o procedente de **t_i*, **th_i*, **k_i*, **kh_i*, **t_u*, etc., que desemboca en *tt*, tratamiento propio del beocio y tesalio de la Tesaliótide, resulta evidentemente anómalo, por ser la segunda consonante la que se asimila a la primera que le precede, cuando lo normal es justamente lo contrario. Anomalía que debe responder a razones particulares.

Por lo que respecta al ático, generalmente se ha entendido que el antedicho grupo **ts* dio originariamente en el citado dialecto *tt*. Según esta interpretación, el ático se habría equiparado con este tratamiento al beocio y tesalio de la Tesaliótide. Pero nosotros, y no somos los únicos, no compartimos esta opinión. Juzgamos, y a ello aludiremos más adelante en el lugar oportuno, que en ático **ts* dio originariamente *ss*, forma que habría sido sustituida posteriormente por *tt*. En suma, por lo que respecta al tratamiento del susodicho grupo **ts*, el beocio y tesalio de la Tesaliótide habrían sufrido una asimilación anormal al hacer **ts* *tt*, y, en cambio, en el resto de los dialectos la asimilación habría seguido un curso normal, al resultar en ellos *ss*.

Por el contrario, el grupo *zd* (según el orden de secuencia de elementos que defiende Lejeune²), originario o procedente de **d_i*, **g_i*, etc., se asimila en *dd* en beocio y tesalio de la Tesaliótide y cretense central, asimilación normal, pero en *zz* en el resto de los dialectos, asimilación anormal. El resultado de la asimilación de *zd* evidencia en los respectivos dialectos un comportamiento opuesto al de **ts*. Pues en el caso de **ts* el beocio y tesalio de la Tesaliótide experimentan una asimilación anómala al darse en ellos el tratamiento **ts* > *tt*, y en cambio el resto de los dialectos siguen un tratamiento normal, al acontecer en ellos la evolución **ts* > *ss*. Pero en el grupo *zd* ocurre justamente lo contrario: el beocio y tesalio de la Tesaliótide se ajustan a lo normal con la asimilación **zd* > *dd*, y, en cambio, el resto de los dialectos se comportan en este caso de forma anómala con su asimilación *zd* > *zz*.

² Cf. Lejeune, *op. cit.*, p. 113.

b) Del tratamiento de *zd* resulta en todos los dialectos, exceptuados el beocio, tesalio de la Tesaliótide y quizá el cretense central, la creación de la geminada silbante sonora fuerte *zz*. Y en ello se evidencia la siguiente anomalía: disponiendo todos los dialectos de los mismos presupuestos, a saber, del grupo *zd*, resulta que en unos se crea la citada silbante sonora fuerte, y, en cambio, en otros no.

c) Asimismo, anómalo aparece el siguiente fenómeno: labiovelar sorda seguida de la vocal *i* parece desembocar regularmente en dental sorda. Pues bien, en estricta correspondencia presumiríamos que labiovelar sonora y aspirada seguidas de la vocal *i* desembocarían también en dental sonora y aspirada. Pero no acontece así, sino que labiovelar sonora y aspirada seguidas de la vocal *i* dan labial sonora o aspirada. La diferencia de tratamiento en uno y otro caso revela cierta incoherencia, que suscita nuestra atención.

3. La ciencia fonética o fonológica ha observado los hechos lingüísticos enunciados, y hasta en ocasiones ha seguido el proceso evolutivo recorrido por cada uno de ellos a lo largo de las distintas fases desde el inicio de gestación del fenómeno hasta su culminación³. Pero se ha limitado a efectuar un análisis de cada fenómeno en particular sin visión global y sin aventurar tampoco la hipótesis de una interpretación unitaria, sistemática y coherente que diera sentido y arrojara luz sobre cuestiones tan oscuras. Proceder a que podría haber invitado la simple constatación de que sólo los dialectos que asibilan *-ti > -si* son los que luego efectúan el tratamiento **ts > ss*, a diferencia del beocio y tesalio de la Tesaliótide que, al no asibilar *-ti > -si*, no hacen luego **ts* en *ss* sino en *tt*.

En suma, en el total de los hechos señalados la ciencia pertinente no ha visto más que fenómenos sueltos inconexos entre sí.

4. Pero las mentadas dispares soluciones de que hacen gala muchos de los hechos lingüísticos citados no quedan adecuada ni suficientemente definidas mediante la sola observación, registro y seguimiento de los peculiares modos de gestación de cada uno de ellos en particular. Ese tipo de acercamiento al asunto no sólo no da cuenta sino que ni aun toca el dato fundamental, que se cifra en dar cuenta de la razón de esa disparidad de soluciones que da la lengua a un mismo hecho. Y es claro que el fenómeno en cuestión no es captado en su integridad

³ Cf. Lejeune, *op. cit.*, pp. 50-51, 63, 79-80 y 94, y A. Bartoněk, *Vývoj konsonantického systému v řeckých dialektech*, Praga 1961, p. 147.

mientras no se esclarezcan las causas que llevaron a unos mismos hechos a resultados distintos.

5. Estos fenómenos lingüísticos incoherentes o, al menos, faltos de regularidad y simetría son susceptibles de una interpretación global y de su aglutinación en un todo armónico dentro de un sistema que deja ver cómo la misma fuerza actúa en un sentido u otro en virtud de unos u otros condicionamientos. La mera secuencia cronológica de los distintos fenómenos analizados deja entrever, sin necesidad de recurrir a sofisticados análisis, las causas de la diversidad de comportamientos. En estas condiciones cabe intuir las motivaciones del paso de **ts* y de **tj*, **thj*, etc., en unos dialectos a *ss*, y del no paso en otros dialectos a *ss* sino a *tt*, aunque, para llegar a este último resultado, fuera menester conculcar el orden normal de asimilación. Cabe intuir también las razones del paso de *zd*, **dj*, etc., en unos dialectos a *zz*, aunque para lograr este resultado se siguiera un tipo de asimilación anómalo, a diferencia de otros dialectos en los que la asimilación de esos mismos grupos culmina en *dd*.

Se observa, efectivamente, que los dialectos en los que **ts* da *ss* habían experimentado previamente el paso *-ti* > *-si*, y que sin embargo aquellos otros en los que **ts* da *tt* no habían experimentado previamente el paso de *-ti* a *-si*, sino que la evolución **ts* > *tt* en estos dialectos coincide con la presencia en los mismos de *-ti*, mantenida como tal sin haber pasado a *-si*.

Esto es, se revela una estricta correspondencia entre ambos fenómenos, circunstancia que no debe ser extraña a la explicación del citado tratamiento anómalo **ts* > *tt*.

Por lo que al tratamiento de *zd* toca, se deja constatar que son los dialectos en los que **ts* dio *tt* los que hicieron *zd* > *dd*, en estricta correlación, y en cambio los dialectos en los que **ts* evolucionó a *ss* son los que hicieron *zd* > *zz*, aunque para llegar a este resultado se vieran forzados a seguir una asimilación anormal. Se revela de nuevo en este caso una íntima correlación entre ambas series de hechos, fenómeno no ajeno a la explicación de esa asimilación anormal *zd* > *zz*.

Pero una precisa explicación de los hechos anómalos enumerados exige ensanchar el campo de nuestras investigaciones, remontándonos al hecho que juzgamos causa primera responsable en última instancia de los hechos citados. A partir de ahí seguiremos los pasos de la problemática suscitada hasta dar con la explicación que creemos correcta. El seguimiento de los fenómenos no será puramente lineal, sino tam-

bién horizontal, pues cada dato lingüístico es resultado y causa de fuerzas no sólo diacrónicas sino también sincrónicas.

6. En el sistema fonológico más antiguo del consonantismo griego, heredado del indoeuropeo, el orden dental está constituido por tres fonemas, que son /d/, /t/ y /th/. También, por ej., el orden labial está compuesto por tres fonemas, /b/, /p/ y /ph/. Pero, pese a esta aparente igualdad, hay entre ambos órdenes una notable diferencia: frente al dental, en el que los tres fonemas cumplen una función plena, similar en todos ellos, en el bilabial el fonema /b/ resulta sumamente escaso, de un rendimiento funcional y de una frecuencia notablemente inferior⁴ a la de los otros dos fonemas bilabiales. Esta diferencia de los órdenes dental y bilabial implica, si operamos con la hipótesis de que el espacio ocupado por ambos órdenes es de parecidas dimensiones, que el dental está constreñido y el bilabial no, y que, como consecuencia, el margen de seguridad es reducido en el dental y amplio en el bilabial. Resulta, pues, de aquí que el orden dental carece de la facultad de ampliación de su campo de dispersión so pena de confusión con otros fonemas, a diferencia de lo que ocurre en el bilabial en el que la escasa entidad del fonema /b/ permite enormes variaciones a los otros dos fonemas bilabiales /p/ y /ph/, sin peligro de colisión de sus respectivos campos de dispersión y sin que corra riesgo alguno la vigencia del margen de seguridad que le es propio.

Pero, si ya de por sí el margen de seguridad entre los varios fonemas del orden dental es escaso, este estado de cosas se acentúa aún más por la razón siguiente. Sabemos, en efecto, que el sistema fonológico del griego, al igual que el del indoeuropeo de quien lo heredó, no dispone más que de una sola silbante. En esta situación, la articulación de la silbante debe ser apical, lo que la convierte en un fonema estrechamente cercano y coincidente con el fonema apical /t/⁵. La consecuencia de este hecho es que el margen de seguridad escaso inherente a los fonemas del orden dental adquiere un grado alarmante en lo que toca al margen de seguridad entre /t/ y /s/.

Esta situación de escaso o mínimo margen de seguridad existente entre el orden dental y la silbante provoca la puesta en acción de una fuerza de presión de estos fonemas en su tendencia a conservar los

⁴ Cf. A. Meillet, *Introduction à l'étude comparative des langues indoeuropéennes*, Alabama 1964, p. 89.

⁵ Cf. A. Martinet, *Economía de los cambios fonéticos*, trad. esp., Madrid 1974, pp. 332-335, y N. S. Trubetzkoy, *Principios de fonología*, trad. esp., Madrid 1973, p. 117.

rasgos fonológicos que les son propios, con la consiguiente reacción en cadena responsable de las siguientes mutaciones fonológicas.

7. Hemos notado que entre el orden dental y la silbante del griego hay una estrecha vinculación fonológica, especialmente entre /t/ y /s/, por coincidir en ambos fonemas la circunstancia de ser dentales apicales. Pues bien, en la pugna sostenida por ambos por conservar sus peculiares rasgos, comunes esencialmente a ambos, el proceso fue el siguiente: la /s/ era un fonema muy mal integrado por no formar parte de ninguna correlación⁶. Esta deficiente integración hacía de ella un fonema sometido potencialmente a incesantes desplazamientos, a diferencia de la /t/ que, por estar bien integrada en varios haces de correlaciones, se hallaba en óptimas condiciones de mantener su identidad⁷. En estas circunstancias la /s/ por su intrínseca debilidad, acrecentada al ir junto a fonemas abiertos como son las vocales, cede ante la mayor fuerza de presión de /t/ y se reduce a /h/, perdiendo con ello el rasgo fonológico de su apicalidad por el que luchó sin éxito en competencia con /t/, y manteniendo sólo su privativo rasgo espirante bajo la forma de /h/⁸. Ésta es nuestra explicación sobre las causas de la caída de la s.

Martinet, por el contrario, es de la opinión⁹ de que el paso de /s/ a /h/ resulta de la presión estructural de las africadas. Es cierto, como el propio autor precisa¹⁰, que a menudo se ignora si un determinado cambio empezó por un extremo de la cadena o si empezó por el otro, esto es, si el cambio ha de concebirse como tracción o si, por el contrario, como propulsión. Sin embargo, la notable distancia cronológica entre los hechos interrelacionados por Martinet parece echar por tierra por sí sola la hipótesis de tan distinguido lingüista: el paso de /s/ a /h/ pertenece a la fase predialectal y es por ello muy anterior al momento en que las africadas perdieron todo rasgo de oclusión, lo que aconteció en fase dialectal como la diferencia de tratamiento entre los dialectos atestigua. Pues los grupos que desembocaron en africadas hubieron de pasar por varias fases antes de culminar este proceso: en una primera fase la /k/ junto a oclusiva debió debilitarse, en una segunda fase debieron crearse geminadas palatalizadas, en una tercera debió tener lugar su despalatalización, y sólo en la cuarta fase culminó ese proceso en la africada *ts. Y resulta que no sólo el último punto

⁶ Cf. Martinet, *op. cit.*, p. 335.

⁷ Cf. Martinet, *op. cit.*, p. 112.

⁸ Cf. Martinet, *op. cit.*, p. 109.

⁹ Cf. Martinet, *op. cit.*, p. 344.

¹⁰ Cf. Martinet, *op. cit.*, p. 85.

de este proceso sino incluso el primero fue posterior al paso de /s/ > /h/. Habrá que convenir, pues, en que la supuesta presión de las afri-cadas, las que a través de una fase *ts desembocan en la mayoría de los dialectos en ss, más que causa del paso de /s/ > /h/ es por el contrario sólo su efecto.

8. Al pasar, en las posiciones señaladas, /s/ > /h/, resulta que el espacio ocupado antes por la silbante apical /s/ quedó libre. En esta situación, y dado que el orden dental, como anteriormente quedó demostrado, continúa constreñido en virtud de la existencia en él todavía de tres fonemas, /d/, /t/ y /th/, sucede que un alto porcentaje de /t/ pasa a ocupar el espacio de /s/ en posición intervocálica por el paso previo de s > h. Pero no toda /t/ pasa a /s/, pues es un hecho que toda lengua ha de poseer un fonema apical de realización oclusiva, y además porque es un fonema muy bien integrado en un haz de correlaciones, circunstancia que teóricamente garantiza su estabilidad. Sin embargo, un porcentaje de estas /t/ pasa a /s/, justamente aquel grupo de /t/ que, en razón de los fonemas circundantes, se articulaba singularmente cerca de la región de /s/. Esto acontece en el grupo -tis. Pues en estos tres fonemas, /t/, /s/ e /i/, concurre simultáneamente un determinado rasgo fonológico: su carácter palatal. El paso de -tis a -sis, hecho casi general, sujeto a contadas excepciones, es el conocido fenómeno de la asibilación, que debe ser el resultado de las causas señaladas.

Este proceso debió contribuir en alguna medida a reducir la desproporción de frecuencia de /t/, sin duda muy superior a la de /d/ y /th/. Que esto era así, que en griego la frecuencia de /t/ sobrepasaba en mucho la de /d/ y /th/, viene sugerido por la abundante presencia de /t/ en las copiosas desinencias verbales -ti y -t, la primera, desinencia primaria activa atemática, y la segunda, secundaria activa conservada todavía en esta época en que aún no habían caído las oclusivas finales. En cuanto a frecuencia, el uso de /d/ y /th/ no ofrece parangón alguno con el elevado número de /t/ sugerido por las innumerables desinencias citadas. Y parece ser que ese exceso de frecuencia de /t/ había de operar como factor de inestabilidad del sistema del orden dental. Sin embargo, a lo que se ve, el paso de -tis a -sis se reveló en cierto espacio dialectal insuficiente para lograr el objetivo apetecido: dotar al orden dental de un mayor margen de seguridad.

9. Pues, posteriormente, en virtud de las mismas causas que habían provocado anteriormente el paso de -tis a -sis, algunos dialectos, con-

LII, 2.º — 8

cretamente el grupo dialectal Sur, para usar la terminología de Risch, a saber, el jónico-ático, arcadio-chipriota y micénico, continúan el mismo proceso, llevando a cabo el paso de *-ti* a *-si*.

Cabría interrogarse por qué únicamente en los mencionados dialectos se opera el paso de *-ti* a *-si*, y por qué no en todos los demás. Es un tanto aventurado emitir una hipótesis sobre el particular, porque luego no es dado contrastarla. Pero séanos permitido sugerir la posibilidad de que el paso o no paso de *-ti* a *-si* guarde relación con una distinta cronología del paso anterior de *s* a *h*. Esto es, no sería una hipótesis gratuita suponer que el paso de *s* a *h* hubiera tenido lugar en las diversas regiones del mapa lingüístico griego, bien en la fase del griego común bien ya en fase dialectal, en fechas distintas, y que ese paso de *s* a *h* hubiera empezado por el griego oriental, operando luego en dos frentes: hacia el oriente, afectando al armenio e iranio, y hacia poniente, afectando al espacio de lengua griega situado más al oeste. Presupuesto nada extraño, pues se verifica al pie de la letra en lo tocante a la caída de la semivocal μ . Naturalmente habría que contar con que, en el momento del paso de *s* a *h*, la posición geográfica de las lenguas citadas coincidiera más o menos con la histórica.

Si nuestra hipótesis respondiera a la verdad de los hechos, ocurriría que en el grupo oriental de los dialectos griegos, al haberse cumplido en ellos el paso de *s* a *h* antes que en el resto de los dialectos, se habrían dado las condiciones fonológicas necesarias para el paso consiguiente de *-ti* a *-si*, a diferencia de los otros dialectos en los que, por haberse retrasado en ellos el paso de *s* a *h*, no habría podido operarse el paso de *-ti* a *-si*, so pena de haberse producido una confusión fonológica entre la *s* reciente y la *s* antigua que la lengua cuidó profílicamente de evitar.

Si esto es así, ello implica que el paso de *-ti* a *-si* va a caballo del paso de *s* a *h*, de suerte que sólo la culminación de este último proceso dio vía libre al inicio del primero. Hipótesis que podría encontrar apoyo y corroboración si la presencia o ausencia de psilosis o pérdida de *h* estuviera en relación directa a la mayor o menor antigüedad del paso de *s* a *h*. Lo que teóricamente es posible e incluso atractivo. Si este supuesto fuera correcto, la temprana presencia de la psilosis en los dialectos griegos de Asia implicaría un paso más temprano allí de *s* a *h*, y el retraso en los demás dialectos de la presencia de la psilosis conllevaría una cronología más tardía en ellos del paso de *s* a *h*. Lo que equivale a decir que, en el momento en que en el grupo oriental se operaba el paso de *-ti* a *-si*, todavía entonces persistiría en los demás dialectos la *s* sin pasar a *h*.

En fin, el hecho es que los dialectos que experimentaron el cambio de *-ti* a *-si* lograron con ello dotar a los fonemas del orden dental de una frecuencia más equilibrada y proporcional entre ellos que la que existía anteriormente, a la par que consiguieron un mayor margen de seguridad entre sí.

Y con el paso de *-ti* > *-si* los mismos dialectos se proveyeron, en posición intervocálica, de una silbante fuerte. Y este detalle es menester no perderlo de vista. En cambio, en aquellos dialectos que sólo experimentaron el paso de *-tis* > *-sis*, al actuar esta última forma en escaso número de palabras con la consiguiente menor capacidad distintiva, no se constituyó en ellos con igual fuerza la nombrada nueva silbante fuerte. Y este hecho tendrá sus consecuencias.

10. Luego, por debilidad del fonema semivocal /i̯/, los grupos formados por oclusiva sorda más *i*, labiovelar más /i̯/ y el grupo *tu*, en todos los dialectos, salvo el beocio y el tesalio de la Tesaliótide, evolucionan viniendo a dar, en virtud de la pervivencia de la anterior tendencia a descargar el orden dental, *ss*, en razón de que esta nueva serie es todavía la menos recargada.

En relación a este fenómeno es menester aclarar dos puntos: el concerniente a la cronología relativa de la caída de la semivocal /i̯/ intervocálica o junto a consonante, y el tocante al origen de *-tt-* del ático.

En lo que toca a la cuestión primera, hay razones que invitan a mantener la tesis de que la /i̯/ desapareció antes en posición intervocálica que cuando seguía a una consonante. Pero, dado que carecemos de datos directos o indirectos para contrastar esta hipótesis, es obligado recurrir al criterio de la verosimilitud fonética. En este sentido comprobamos que la desaparición de otros fonemas de contextura semejante se verifica antes en posición intervocálica que cuando estaban junto a consonante. El sentido de la coherencia conlleva la misma exigencia en el caso de la caída de la *yod*. En efecto, la desaparición de *s* tuvo lugar antes en posición intervocálica que cuando estaba precedida de sonante, pues en esta última posición hasta hay ocasiones en que *s* se mantuvo. Asimismo, la desaparición de la digamma tuvo lugar antes en posición intervocálica que precedida de sonante¹¹, hecho que da cuenta de por qué en la forma $\nu\acute{\epsilon}\alpha$ del ático se ha verificado la retroversión de $\nu\acute{\epsilon}\bar{\alpha}$ que vuelve a su estado anterior de $\bar{\alpha}$ por estar en contacto con la precedente ϵ al haber desaparecido antes la μ intervocálica, y de por qué no se ha dado esa misma retroversión en $\kappa\acute{o}\rho\eta$,

¹¹ Cf. Lejeune, *op. cit.*, p. 174.

motivado porque en el momento de vigencia de la tendencia a la retroversión existía todavía la μ junto a sonante, y, luego, cuando desapareció la digamma y quedó en contacto la β con la $\bar{\alpha}$ ya no se operaba esa tendencia¹². Es decir, en este caso la cronología de los hechos fue: primero, caída de μ intervocálica; segundo, retroversión general en ático de $\bar{\alpha} > \bar{\alpha}$, precedida de ϵ , ι , ρ ; tercero, caída de μ precedida de ρ .

Por lo que respecta a *-tt-* del ático, la *communis opinio* entiende que es un tratamiento ático ya desde su origen. Según esta concepción, *-tt-* sería el resultado ático primitivo de los grupos respectivos. De esta interpretación deriva la explicación que esa misma *communis opinio* da de las formas *-ss-* presentes en ático o en autores áticos. Según esta concepción, el elemento *-ss-* presente en ático sería de raigambre jónica introducido en ático con objeto de escapar al supuesto carácter provinciano inherente al elemento *-tt-*. Sin embargo, nosotros mismos en otro lugar¹³, tras un examen minucioso de los datos, llegamos a la conclusión de que el tratamiento originario en ático de **ts* y de los grupos **ti*, etc., no fue *-tt-* sino *-ss-*, y de que, por el contrario, *-tt-* irrumpió en ático tardíamente a partir del euboico, dialecto en el que tampoco *-tt-* habría sido lo originario sino igualmente *-ss-*. Pues bien, este mismo punto de vista mantiene Bartoněk¹⁴, aunque sin indicar los datos en que apoya esta hipótesis.

En cualquier caso, el paso de *-ss-* a *-tt-*, que nosotros suponemos en ático y en euboico, encuentra su correlato, y acaso confirmación, en cretense central, en el que estos mismos grupos **ts* y **ti*, etc., por un lado, y *dz*, por otro, desembocaron primeramente en las silbantes geminadas *ss* y *zz*, sordas y sonoras respectivamente, cambiadas posteriormente en *tt* y *dd*¹⁵.

11. A su vez, al ser creada en los dialectos consignados, esto es, en el llamado grupo dialectal Sur, como consecuencia de este proceso, la silbante geminada sorda fuerte *ss*, se crea en los mismos, en y por estricta correspondencia, la silbante geminada sonora fuerte *zz* dotada de alto rendimiento funcional. Y como resultado de ello se oponen *-ss-* / *-zz-*. Sin duda, la creación de *zz*, procedente de *zd*, surge por pura concomitancia con la existencia en los mismos dialectos de *ss*. Esta

¹² Cf. H. Phelps Gates, «On the Chronologic of the Attic Rückverwandlung», *Glotta* 54, 1976, pp. 44-52.

¹³ Cf. J. Vara, «Sobre el origen de las formas áticas *-tt-* y *-rr-*», *EMERITA* 47, 1977, pp. 331-346.

¹⁴ Cf. Bartoněk, *op. cit.*, p. 147.

¹⁵ Cf. Bartoněk, *op. cit.*, p. 146

tesis parece estar confirmada por dos hechos. Uno es que la evolución en esos dialectos de $zd > zz$ es anómalo, lo que significa que sólo una causa particular puede dar razón de ella. En este caso el tratamiento $zd > zz$ sería simplemente analógico de ss . El otro hecho que tiene visos de confirmar nuestro punto de vista viene dado por lo que acontece en los otros dialectos. En efecto, el beocio y tesalio de la Tesaliótide, al no haber creado la silbante geminada sorda fuerte ss , no dispusieron del mencionado apoyo, circunstancia que de rechazo impidió la constitución de la silbante geminada sonora fuerte zz .

También en eleo y laconio originariamente se oponían ss / zz , pues sólo posteriormente zz pasó a dd ¹⁶.

12. En cambio, el beocio y tesalio de la Tesaliótide contravinieron el principio de asimilación normal por lo que respecta al grupo $*ts$, que resultó en ellos tt . La causa que explica esta asimilación anormal $*ts > tt$ del beocio y tesalio de la Tesaliótide radica en que, al no haberse dado en estos dialectos la asibilación $-ti > -si$, no disponían de una forma $-si$ abundante y rentable que hubiera podido servir de reclamo para que $*ts$ hubiera dado ss por vía de analogía. Y, así, estos dialectos, al no crear la silbante geminada sorda fuerte de alta frecuencia y rendimiento funcional, tampoco pudieron crear la silbante geminada sonora fuerte, pues la asibilación del tipo $-tis > -sis$ que les había afectado se mostró incapaz, por insuficiente, para ello, por su escasa frecuencia y bajo rendimiento funcional. Y, a su vez, el hecho de no disponer estos dialectos de ss permitió que el grupo zd siguiera una evolución normal dando dd , al no verse coaccionado por su potencial «partenaire» ss .

En cambio, los demás dialectos, al estar provistos de ss , experimentaron incluso la asimilación anormal $zd > zz$, impulsados sólo por la fuerza de la coherencia y de la analogía con ss .

13. Se observa, pues, que todos los dialectos, exceptuados el beocio y tesalio de la Tesaliótide, al haber pasado en ellos $-tis > -sis$, $-ti > -si$ y $*ti$, $*thi$, etc., $> ss$, redujeron por esta vía la alta frecuencia de $/t/$, excesiva si se compara con la de los otros dos fonemas del orden dental, equiparándola así al de sus fonemas correlativos. Y procuraron con ello a la vez un mayor margen de seguridad a los fonemas de este orden toda vez que el fonema dental apical $/t/$ en los contextos fonológicos en que más cerca estaba de la silbante, es decir, cuando estaba unida a la vocal i y a la yod, como ocurría en $-tis$, $-ti$ y $*t\dot{i}$, $*th\dot{i}$, etc.,

¹⁶ Cf. Bartoněk, *op. cit.*, p. 147.

había pasado a la silbante *s* o *ss*. De esta suerte, las /*t*/ restantes del orden dental que pervivieron como tales se liberaron de la presión que sobre ellas ejercía la /*t*/ seguida de la vocal *i* o de la semivocal *yod*, por haber pasado a *s* o *ss*.

14. Resulta, pues, que en estos dialectos del grupo dialectal Sur el espacio ocupado anteriormente por *ti* quedó vacío por haber pasado *-tis* a *-sis* y *-ti* a *-si*. En cambio, el beocio y tesalio de la Tesaliótide, y otros muchos dialectos, mantuvieron ocupado el espacio de *ti*, por no haber experimentado el paso *-ti* > *-si*. Ligado al hecho precedente parece hallarse el siguiente: un tipo especial de evolución de las labiovelares. A saber, la labiovelar, dada su conformación fonológica compuesta por un elemento velar y otro labial, teóricamente y en principio sólo cabría presumir que su evolución consistiera en desembocar en una simple velar o labial¹⁷, según el predominio de uno u otro de sus elementos componenciales. Y, efectivamente, esta consideración teórica se ve confirmada por el tipo de evolución de estos fonemas exclusivamente a velar o labial en todas las lenguas en que no se han mantenido las primitivas labiovelares, exceptuado precisamente el griego. Se colige de aquí, pues, que la evolución particular del griego consistente en que labiovelar desemboque en dental es anómala, motivada también por alguna razón también particular que concorra en la lengua griega. Y que, efectivamente, ese tipo de evolución de la labiovelar a dental representa una anomalía viene corroborada por este hecho singular: si fuera normal que labiovelar seguida de la vocal *i* diera dental, se esperaría que este tipo de evolución abarcara a toda labiovelar seguida de la vocal *i*. Pero curiosamente no acontece así, sino sólo en un determinado caso. Esto es, sólo labiovelar sorda seguida de la vocal *i* da dental, pero no labiovelar sonora ni aspirada. De aquí surge este comportamiento incoherente en el contexto fonológico citado: *k^hi* > *ti*, pero *g^hi* > *bi*, y *kh^hi* > *phi*, ej. τῖς pero βῖος, ὄφις.

En suma, normal es, como queda dicho, el resultado labial, pero anómalo el dental. Es, pues, éste el que precisa explicación. Y como, según antes vimos, en el grupo dialectal Sur estaba vacío el espacio de *ti*, nada más natural que interpretar que la lengua de esos dialectos aprovechó esta favorable circunstancia peculiar para llevar a cabo esa evolución particular de labiovelar sorda seguida de la vocal *i*. A su vez, el tratamiento en los mismos dialectos de labiovelar seguida de *ǵ* dando

¹⁷ Cf. A. López Eire, «Problemática de la dialectología griega», *Actas del V Congreso Español de Estudios Clásicos*, Madrid 1978, p. 475.

dental sería analógica del tratamiento $k^*i > ti$. Esta analogía vendría determinada por el hecho de que los casos de labiovelar seguida de ξ son sumamente inferiores en número a los de labiovelar seguida de la vocal i . En cambio, como el espacio de bi y phi permanecían ocupados por no haber experimentado evolución alguna, resulta que no se dieron las condiciones idóneas para que labiovelar sonora y aspirada seguida de la vocal i hubiera dado regularmente δ_i y θ_i .

No se nos oculta que esta explicación choca con la solución dada a la evolución de labiovelar sorda seguida de la vocal i en los dialectos que habían conservado inalterable la forma ti . Ocurre, en efecto, que labiovelar sorda seguida de i da dental sorda, esto es, ti no sólo en los dialectos en los que el espacio ti estaba vacío sino también en aquellos otros en los que ese espacio estaba ocupado. Pudiera pensarse que el tipo de explicación aquí sugerido sobre las razones del tratamiento anómalo de labiovelar sorda seguida de la vocal i dando ti , fundado en el hecho de que este espacio estaba libre, exigiría que, en aquellos dialectos en los que estaba ocupado el citado espacio, hubiera tenido otro tratamiento distinto.

Pero el inconveniente que asiste a la explicación puede ser disipado. Opinamos, en efecto, que el fenómeno peculiar consistente en que k^*i diera ti se inició en aquellas regiones o dialectos en los que se daban unas condiciones lingüísticas favorables a tal solución, esto es, en aquellas regiones en las que el espacio ti estaba vacante. A partir de esas zonas y dialectos entendemos que se extendió el fenómeno a lugares y dialectos en los que no se daban incluso las citadas condiciones favorables. Juzgamos que la génesis y propagación del citado fenómeno fueron similares a las que rodearon la desaparición de la f latina en el castellano. Pues, en primer lugar, es un hecho notable la desaparición de la f , como atestigua el hecho de su conservación en la mayoría de las lenguas románicas¹⁸. En segundo lugar, resulta que el paso de $f > h$ se inició en la zona norte de Castilla, la Rioja y el Alto Aragón, región en contacto con el euskera, lengua carente del sonido f . A la influencia del euskera carente de f parece que se debe, según Menéndez Pidal¹⁹, el paso en el castellano de las zonas citadas de $f > h$. Se comprueba, pues, que en esas zonas de habla románica en contacto con el euskera se daban unos condicionamientos que propiciaron el fenómeno del paso de $f > h$, y, luego, ese fenómeno se fue propagando al resto del castellano ajeno al contacto con el euskera.

¹⁸ Cf. Martinet, *op. cit.*, p. 432.

¹⁹ Cf. R. Menéndez Pidal, *Manual de gramática histórica española*, Madrid 1973₁₄, pp. 122-123.

Pues bien, una explicación similar cabe aplicar a la evolución de labiovelar sorda seguida de *i*: primeramente habría surgido en los dialectos del grupo dialectal Sur en los que el espacio de *ti* estaba vacío, y de ahí se habría propagado entre dialectos en los que ese espacio estaba ocupado. Estos fenómenos, ambos singulares, se verían favorecidos por la propia tendencia de las labiovelares a su desaparición, en razón de varios condicionamientos fonológicos: su escaso rendimiento funcional y su alto coste a causa de su complejidad fonológica.

15. El orden dental quedó, en el grupo dialectal Sur, proporcionalmente equilibrado y distendido, y dotado de un margen de seguridad suficiente para largo tiempo, en virtud de los hechos de lengua en él acaecidos: el paso de la dental apical *s* a *h*, primero, y de *-tis* a *-sis*, después, y, por último, de *-ti* a *-si*. Pero algunos dialectos como el laconio, por el contrario, conservaron *-ti* sin asibilar, y, a la vez, pasaron **ts* a *ss*, con lo que, en el laconio, conviven *-ti* y *ss*. Por ello, al no haberse distendido en la medida requerida el orden dental, continuó su presión y ello hizo que, con el tiempo, se repitiera el mismo proceso que había comportado antes la desaparición de la silbante antigua. Es decir, igual que en época antigua el orden dental, constreñido, presionó, provocando el paso de la silbante dental apical *s* a *h*, proporcionando con ello un margen de seguridad a las dentales, incrementado todavía en virtud de la evolución posterior de los grupos **t_i*, **th_i*, **k_i*, **kh_i* y otros a *ss*, de la misma manera en época reciente, en laconio, el orden dental, demasiado constreñido por su escasa asibilación, en su tendencia a la distensión presiona de nuevo sobre la menos integrada, la *s*. Este fonema, como consecuencia de ello, pasa de nuevo a *h*, lo que permite que el espacio vacío dejado por la *s* pase a ser ocupado por la dental más débil, la dulce */th/*²⁰.

16. En resumen, el contenido de este trabajo se condensa de forma esquemática así.

Constatamos la existencia en griego de los siguientes fenómenos lingüísticos anómalos: la asimilación anormal de la segunda consonante a la precedente ocurrida en el grupo **ts*, que de esta manera resulta *tt* en beocio y tesalio de la Tesaliótide, y en el grupo *zd*, que, de acuerdo con la misma anómala asimilación, da en todos los dialectos, exceptuados precisamente el beocio y tesalio de la Tesaliótide, *zz*; la evolución anómala consistente en que una labiovelar desemboque en dental,

²⁰ Cf. Lejeune, *op. cit.*, pp. 98-99, y Bartoněk, *op. cit.*, p. 142, aunque ni uno ni otro aluden a la causa que explique este hecho.

cuando lo suyo es que lo haga en velar o labial; y, unida a la última citada anomalía, la siguiente: labiovelar sorda seguida de la vocal *i* da dental sorda, y, en cambio, labiovelar sonora y aspirada en el mismo contexto da labial, sonora o aspirada, y no dental, sonora o aspirada, como sería de esperar por coherencia con labiovelar sorda.

Estas anomalías, que constituyen fenómenos lingüísticos particulares, se revelan como síntoma de funcionamiento particular del sistema en que están inscritas, síntoma que atrae nuestra atención a la par que invita a comprender sus causas. Que, a nuestro juicio, son las siguientes:

1) El orden dental del griego consta de tres fonemas, /d/, /t/ y /th/, a diferencia de, por ej., el bilabial, en el que es sumamente escasa la frecuencia de /b/. Resulta así que el orden bilabial admitía amplias realizaciones en los fonemas /p/ y /ph/ aprovechando el campo escasamente utilizado de /b/, sin riesgo de confusión. Bien diferente es el caso del orden dental, con escasas posibilidades de expansión de sus unidades respectivas, todas utilizadas al máximo. Situación agravada por la existencia de la /s/, que, por su condición de silbante dental apical, colisionaba con la dental apical /t/.

2) La presión en el orden dental, en especial entre /t/ y la /s/, hace que desaparezca el más débil, con lo que $s > h$.

3) Al quedar vacío el espacio de /s/ en posición intervocálica pasa, por continuación de la presión del orden dental, a ser ocupado por la dental /t/ cuando iba seguida de la vocal *i*, contexto fonológico que acentuaba la ya propia cercanía entre /t/ y /s/. Por esta razón *-tis* pasa a *-sis*.

4) Por la misma razón en el grupo dialectal Sur *-ti* pasa a *-si*, y el grupo **ts* (originario y procedente de **ti*, **thi*, etc.) desemboca en *ss*. De esta manera este grupo dialectal se provee de una geminada sorda fuerte. Este grupo de dialectos, al estar provistos de la geminada silbante sorda fuerte *ss*, se proveen también de la correspondiente silbante sonora fuerte *zz*, aunque para ello se vean obligados a experimentar una asimilación anormal $zd > zz$, creada por atracción de su «partenaire» sorda *ss* por vía analógica.

5) En cambio, el beocio y tesalio de la Tesaliótide mantienen *-ti* como tal, sin evolución. No crean, pues, una silbante sorda fuerte *s* de notable frecuencia. La carencia de *s*, por un lado, y, por otro, la pervivencia de /t/ hacen que la evolución de **ts* se adapte a la /t/ abundante en esos dialectos, desembocando así en *tt*, a despecho de una asimilación anormal. A su vez, al no estar provistos de *ss*, sino al proveerse en notable frecuencia de *tt*, resulta que en esos dialectos *zd*, al

no verse condicionada por *ss*, que no existía en ellos, evoluciona a *dd*, experimentando así una asimilación normal, y coherente con *tt*.

6) Por último, resulta que, en virtud del paso de *-tis* > *-sis*, y de *-ti* > *-si*, el grupo dialectal Sur tiene vacío el espacio de *-ti*. Como las labiovelares propenden, por su propia estructura fonológica, a la desaparición, sucedió que el espacio libre de *ti* fue ocupado por labiovelar sorda seguida de la vocal *i*, aun al precio de experimentar una evolución anormal. Análogo de *kʷi* > *ti* fue, en esos dialectos, el paso de labiovelar seguida de *ẽ* a dental. En cambio, como el espacio *di* y *thi* estaban ocupados, no permitieron que labiovelar sonora y aspirada dieran habitualmente *di* y *thi*. Esto explica el hecho extraño de la diferente evolución de labiovelar sorda seguida de *i*, por un lado, y labiovelar sonora y aspirada seguida de *i*, por otro.

Que incluso dialectos en los que se mantuvo *ti* experimentaran el mismo tratamiento *kʷi* > *ti* se explica como se explica el paso de *f* > *h* en castellano. Ambos fenómenos, originados por un motivo especial, se propagaron después analógicamente.

7) El laconio, aunque experimentó el paso **ts* > *ss*, sin embargo conservó *-ti* sin pasar a *-si*. Este hecho implicó que en ese dialecto el orden dental continuó constreñido y presionado. Lo que con el tiempo tuvo sus consecuencias: en el siglo v a. C. en laconio *-s-* > *-h-*, y en el iv a. C. el espacio de *-s-*, dejado libre por su paso anterior a *-h-*, fue ocupado por la dental dulce *-th-*, repitiéndose en estas fechas tardías en laconio por parecidas causas los mismos o parecidos fenómenos que en época muy anterior había sufrido el grupo dialectal Sur.

J. VARA